

á Carlos V.: “Certifico á V. A. que yo conté desde una mezquita cuatrocientas y tantas torres en la dicha ciudad y todos son de mezquitas.” En la misma ciudad existe aun una pirámide muy elevada, construida por los Toltecas, que fué un santuario de Quetzalcoatl, y en la que hoy existe un templo consagrado á la madre de Dios; tiene como una media milla de circunferencia en la parte inferior, y este es el monte que el caballero Boturini creyó que habian construido los Toltecas para libertarse de otro diluvio.

En todo el imperio mexicano, puede calcularse el número de santuarios en 40.000, aunque Clavigero cree que hubo mucho mas. Cada templo tenia sus posesiones y tierras de propiedad que producian lo necesario para mantener á los sacerdotes y hacer los gastos del culto.

SACERDOTES.

Tantas divindades como tenian los mexicanos, y tantos santuarios, eran servidos por un gran número de ministros. No falta quien diga que no es una exageracion suponer que el número de estos podia llegar á un millon. Y, en efecto, para aquellas gentes era muy estimada tal profesion, todos deseaban abrazarla, y en el templo mayor servian cinco mil. Habia distintas clases: los sumos sacerdotes eran dos; el Teoteuctli (señor divino) y Hueiteopixtli (gran sacerdote.) Estas dignidades se conferian por eleccion, pero solo á personas notables por su nacimiento, provida é inteligencia. Ellos ungián al monarca, y le servian de consejeros, no se emprendia la guerra sino consultándolos, y eran los que en los sacrificios abrian

el pecho de la víctima y la ofrecian á la divinidad. Se ungió á estos sacerdotes con rezina elástica mezclada con sangre de niños sacrificados, que llamaban unción divina; eran los gefes de la religion solo de la nacion á que pertenecian: así es que, ademas de los de la capital los habia tambien en Acolhuacan, Mixteca y otros pueblos, y su insignia consistia en una borla de algodón colocada en el pecho.

Otro grado ú orden sacerdotal era el Mexicotehuatzin que se conferia por los sumos sacerdotes y cuidaba de la observancia de los ritos y ceremonias, así como de la conducta de los sacerdotes encargados de los seminarios, pudiendo castigar á los delincuentes. Dos vicarios eran sus auxiliares, siendo uno de ellos el gefe de los seminarios. Habia tambien en los templos un mayordomo, un compositor de himnos, un maestro de ceremonias y otro de capilla que presidia el canto y corregia á los cantores. Cada barrio de la ciudad tenia su ministro que administraba los actos religiosos y todos dependian del Mexicotehuatzin. Los destinos de los sacerdotes eran distintos: adivinaban unos, componian himnos otros, unos cantaban ya en el dia, ya en la noche, otros cuidaban de la limpieza de los templos y del adorno de los altares, y á otros, en fin, se encomendaba la educacion de la juventud y el arreglo del calendario, la celebracion de las fiestas y la hechura de las pinturas mitológicas. Diariamente se incensaba á los ídolos varias veces, sirviéndose del copal y de otras sustancias aromáticas. Vestían los sacerdotes de distinto modo que los demas hombres, los de los monasterios cargaban un vestido negro, nunca se cortaban el pelo; de modo que tenian una gran trenza que hacian mas voluminosa con cordones de algodón. Pa-

saban una vida bastante anstera y horrorizan los castigos señalados á los incontinentes y morosos en el servicio divino. El sacerdocio no era perpetuo, ni propio de los hombres, sino que habia tambien sacerdotizas que se ocupaban de quehazeres propios de su sexo; pero sobre nada se vigilaba mas que sobre su castidad. En delitos de esta especie siempre fueron muy severos los mexicanos, y era tal el temor que los delincuentes tenian que, aun cuando la falta quedara oculta, siempre tenian la creencia de que se les podrian las carnes. Fueron muy comunes estas reuniones de personas que se consagraban á distintos dioses, siendo la que gozaba de mayor reputacion en punto á virtud y honestidad la consagrada á Quetzaleatl, el gran sacerdote de Tula.

SACRIFICIOS.

La ocupacion principal, la funcion mas noble del sacerdocio era sacrificar víctimas humanas, ya para dar gracias á los dioses por los beneficios que recibian ó ya para implorar nuevos favores. Causa horror traer á la memoria aquellos espantosos sacrificios de hombres ejecutados por los ministros del culto, cegados por la barbarie, la ignorancia y la supersticion. Dejariamos de hablar de ellos si fuera permitido hacerlo en una historia; pero nuestra mision es pintar á aquellas gentes con todos sus vicios, todos sus extravios y con todas sus crueldades, y lo vamos á hacer no sin dar gracias á la Providencia por no haber nacido en aquellos tiempos de barbarie.

No se sabe que los Toltecas hicieran sacrificios; los Chichimecas por mucho tiempo no ofrecian á sus di-

vinidades sino flores y frutos. El primer sacrificio de sangre humana se cree fué hecho por los Mexicanos, siendo las víctimas cuatro prisioneros xochimilcos tomados por los Aztecas cuando en union de los Colhuas los derrotaron. Durante el tiempo de la dominacion tecpaneca, fácil es suponer que los Mexicanos no sacrificaban, pues siendo ellos esclavos no podian adquirir víctimas; pero aumentado su poder emprendieron guerras, se multiplicaron sus victorias, y la celebracion de estas no se tenia por completa, sino cuando se habia derramado la sangre de los prisioneros y ofrecido á sus dioses el corazon de las víctimas; en adelante los nuevos monarcas antes de tomar posesion de su empleo iban á caza de prisioneros que siempre en gran número eran sacrificados en la fiesta de su exaltacion al trono. Los sacrificios cambian segun el número, lugar y modo. Unos morian abriéndoles el pecho, otros ahogados en la laguna, otros de hambre, y otros por fin, en el sacrificio gladiatorio. En el templo mayor de México habia una piedra verde convexa y de dimensiones á propósito para los sacrificios ordinarios. Los ministros ó ejecutores eran seis, siendo de mayor dignidad el que llamaban *Topilzin*. Tomaban la víctima completamente desnuda y la llevaban al átrio mayor del templo, designaban la divinidad en cuyo honor se hacia el sacrificio, colocaban la víctima y en seguida el bárbaro Topilzin con un puñal abria el pecho, tomando el corazon aun palpitante y lo ofrecia al númen. Acostumbraban manchar con la sangre de la víctima los labios del ídolo, y si este era de figura gigantesca le introducian el corazon en la boca con una cuchara de oro. Si la víctima era algun prisionero de guerra le cortaban la

cabeza para conservar la calavera; comian los sacerdotes las piernas y los brazos, lo demas lo reservaban para las fieras y aves de rapiña que se criaban en palacio.

Pero, el sacrificio mas honorífico era el que los españoles llamaban gladiatorio. En un lugar inmediato al templo, capaz de contener mucha gente, que tenia en el centro un terraplen redondo y sobre él una gran piedra tambien redonda. En ella se ataba de un pié al destinado al sacrificio, que debia combatir con un oficial mexicano que iba mas bien armado que él. Si el prisionero salia vencido, inmediatamente se le abria el pecho y se tomaba el corazon; pero si por el contrario vencía á su competidor y á otros seis mas, que sucesivamente peleaban con él, se le daba la libertad y se le concedia volver con honores á su patria. Un número aproximado de víctimas por año se calcula por algunos en 20,000. Los mexicanos no solo derramaban la sangre ajena, sino que muchas veces lo hacian con la propia, bien como penitencia de sus culpas ó para solicitar algun beneficio. Horrorizan las crueldades con que se maltrataban algunos sacerdotes, causándose heridas con la esperanza de hacer propicias á sus divinidades. Era tambien muy comun el ayuno y muchas veces duraba diferentes dias. En Teohuacan habia cuatro sacerdotes famosos por su vida austera, el ayuno era continuo durante cuatro años que era el tiempo que duraba su encargo. Los sumos sacerdotes en tiempo de calamidades públicas hacian tambien un ayuno extraordinario, retirándose á un bosque y permaneciendo allí nueve, diez meses y hasta un año, sin tomar otro alimento que maiz crudo y agua.

Los Tlaxcaltecas eran tambien notables por sus ayunos. Se reunian los penitentes bajo la direccion de un gran sacerdote; exhortaba éste para que se separaran de ellos los que no se consideraran con la suficiente fuerza para hacer el ayuno; pasaban cinco dias durante los que podian separarse, los que se consideraban débiles, sabian á la alta montaña de Matlalcueye, en donde hacian algunas oblaciones y sacrificios, y en seguida bajaban á fabricar varas de distintos gruesos y cuchillos de istle. El ayuno debia durar cosa de ciento sesenta dias; en el primero se hacian un agujero en la lengua para introducir las varas, y cualquiera que fuera el dolor, los sufrimientos que padecian, debian entonar himnos á su divinidad, debiendo repetir la operacion cada veinte dias. Esta era la penitencia de los sacerdotes que duraba ochenta dias y en seguida comenzaba la del pueblo en la que se hacian las mismas crueldades, sin que de ellas se exceptuaran ni los mismos gefes de la célebre república.

CRONOLOGIA Y ARREGLO DEL CALENDARIO.

Como sobre este punto ya ha escrito algo mi maestro el Dr. D. José Eleuterio Gonzalez, yo no haré sino copiar sus palabras.

BREVES nociones de la Cronología y calendario mexicanos.

Distinguian los mexicanos, y las demas naciones de Anáhuac, todo el tiempo, desde la creacion hasta el fin del mundo, en cuatro soles, es decir, Edades. La

primera, llamada *Atonatiuh*, que quiere decir sol de la agua, empezó en la creacion del mundo, y concluyó en una grande inundacion, que destruyó el primer sol y casi todos los hombres: la segunda, *Tlaltonatiuh*, sol de la tierra, duró desde la grande inundacion hasta la ruina de los gigantes, cuando los terremotos acabaron con el segundo sol: la tercera *Ehecatonatiuh*, sol del aire, comenzó en la ruina de los gigantes y acabó cuando los grandes torbellinos destruyeron el tercer sol, y á todos los hombres; y la cuarta *Tletonatiuh*, sol del fuego, que comenzó en la última restauracion del género humano, y durará hasta que el cuarto sol y toda la tierra sean destruidos por el fuego. Creian que este término debia suceder en el fin de uno de sus siglos, por lo que, si concluido el siglo el mundo no se acababa, hacian una gran fiesta al dios del fuego, porque aun concedia otro siglo mas á la tierra.

Dividian el tiempo corriente en edades de ciento cuatro años, que llamaban *Huehuetlitzli*, esto es, vieja de ciento y cuatro años. Esta edad la dividian en dos siglos, y al fin del siglo llamaban *Toxihmoipia*, es decir, ligadura de nuestros años.

El siglo lo dividian en 52 años, distribuidos en cuatro periodos de á trece años cada uno, y los representaban con cuatro figuras, que eran una cabeza de conejo, *Tochtli*, una caña, *Acatl*, un pedernal de flecha, *Tecpatl*, y una casa, *Calli*; con estas cuatro figuras y trece números representados con puntos, denominaban los cincuenta y dos años del siglo, sin que pudieran confundirse uno con otro, porque siendo las figuras cuatro y los números trece, se repetian sin que en los cincuenta y dos años hubiera uno en que se juntara la misma figura con el mismo número. El primer año

del siglo estaba representado con la cabeza del conejo y debajo un punto, es decir, 1 *Tochtli*; el segundo era el 2 *Acatl*, el tercero era 3 *Tecpatl*, el cuarto era 4 *Calli*, y así sucesivamente hasta concluir el primer período de trece años, que concluia en 13 *Tochtli*, de modo que el décimo cuarto venia á ser 1 *Acatl*, y siguiendo así venia á concluir el último año del siglo en 13 *Calli*, y el primer año del siglo siguiente volvia á ser 1 *Tochtli*.

Comenzaban el año en 26 de Febrero y lo dividian en diez y ocho meses, y cada uno en veinte dias, distribuidos en cuatro semanas de á cinco dias cada una, ésta era la semana civil. Por este medio consiguieron tener en perfecta concordancia la semana con el año y con el siglo sin que se desordenaran jamas.

Como los diez y ocho meses del año mexicano forman trescientos sesenta dias, para completar el año solar intercalaban, despues del último mes, cinco dias con el nombre de *Nemontemi*, es decir, inútiles, porque en ellos no hacian mas que visitarse y hacerse regalos. No tenian el año bisiesto como nosotros, pero al fin de cada siglo intercalaban trece dias, que ni eran del siglo que concluia ni del siguiente, y con esta intercalacion quedaba tan perfectamente ajustado su año, el curso del sol, como el año juliano. Tenian ademas, una semana de trece dias que era la sagrada, que aunque no concordaba con el año, pero sí venia á salir justa con el período de trece años en el que quedaba perfectamente concorde, para volver á comenzar de nuevo en el otro período.

Para anudar la cronología mexicana con la era vulgar, basta saber que el año de 1519, en que entraron los españoles á México, era el 1 *Acatl*, y por consi-

guiente el de 1506 había sido 1.º *Tochtli*, es decir, el principio del siglo.

Para representar su calendario se valían de dos ruedas, la primera, que representaba el siglo, tenía en el centro un sol y la orilla dividida en 25 casillas, en las que estaban las figuras con los números al pie; la segunda, tenía en el centro una luna, y la orilla dividida en dos fajas circulares, concéntricas, la primera con diez y ocho casillas, en las que se hallaban las figuras que indicaban los nombres de los meses, alusivas á las obras de labranza y fiestas que les correspondían; y la segunda con veinte casillas que contenían las figuras que indicaban el nombre de los días, alusivas también á las obras y fiestas correspondientes.

Boturini dice que este calendario era, á la vez, natural para la agricultura, cronológico para la historia, ritual para las fiestas; y astronómico con respecto al curso de los astros.

Es verdaderamente asombroso como pudieron los Toltecas elevarse á un conocimiento tan alto en el curso del año solar, y como supieron discurrir medios tan sencillos como precisos para hacer de uso común un calendario tan útil y perfecto.

El abate Hervás y Panduro por no conceder á los indios el grado de inteligencia que se necesita para esto, dice que el uso del año solar es antidiluviano, y que lo conservaron tradicionalmente los indios; pero aunque es cierto, que por comenzar su año el 26 de Febrero, y por la intercalacion de los cinco días al fin, se parece mucho al año babilónico; ni los babilónios, ni los egipcios, que fundaron y mejoraron la ciencia astronómica, llegaron á discurrir la intercalacion del bisesto para igualar los años, cosa que no se verificó,

como hemos visto, hasta el tiempo de Julio César. Mas Justo Boturini dice, que los Toltecas habiendo observado, en su patria Huehuetlapallan, la diferencia de seis horas, en que difieren el año y el curso del sol, discurrieron la intercalacion de los trece días al fin del siglo; y arreglaron el calendario tal como lo tenía los aztecas.

Los mexicanos tenían en grande aprecio este calendario por la utilidad que de su uso les resultaba. Lo tenían grabado ó dibujado, en los templos, en las casas, en los caminos en grandes piedras, en tablas, en lienzos; y los ricos en oro y plata. Gracias á esta profusion pudo conservarse. El emperador Moctheuzoma regaló á Hernán Cortés, en las primeras vistas que le hizo, un calendario, en cuyo regalo el conquistador no vió mas que una rueda de oro y otra de plata, apreciándolas por lo precioso de la materia, sin cuidarse absolutamente de lo primoroso de la hechura; y sin preguntar siquiera lo que aquellas figuras significaban ni para lo que servían."

CEREMONIAS PARA EL NACIMIENTO, MATRIMONIO

Y FUNERALES.

Al nacer el niño la partera lo lavaba diciendo: "Recibe el agua porque es tu madre la diosa Chalchicueye. Este baño te borre las manchas que sacas del vientre de tu madre, te limpie el corazón y te dé buena y perfecta vida." Concluido este primer baño, al que acompañaban otras palabras semejantes, se consultaba á los adivinos sobre la suerte del recién nacido, y sabido si esta era buena ó mala, así se hacían

diferentes ceremonias implorando siempre el auxilio de los dioses Ometeuctli y Omezihuatl en favor del niño. Elegian en seguida el nombre y despues colocaban en sus manos los instrumentos del arte á que debia dedicarse; por último los padres tenian la costumbre de hacer una fiesta, que se repetia cuando el niño era destetado.

Respecto del matrimonio, estaba prohibido entre los parientes en el primer grado de consanguinidad ó afinidad; y nunca se llevaba á efecto sino con el consentimiento de los parientes. Llegado el hombre á los veinte ó veintidos años y la muger á los diez y siete ó diez y ocho, podian casarse, y para esto el primer paso era consultar á los adivinos; declarado por estos de buen agüero se pedía la jóven al padre de esta por conducto de unas mugeres ancianas parientes del pretendiente. Estas llevaban algun regalo y cumplian su encargo á la media noche. La primera solicitud era de costumbre desecharla, cualquiera que fuera el pretendiente; así es que volvian las mugeres por segunda vez y ya entonces, al hacer la peticion, iba acompañada de ruegos y súplicas, procurando dar á conocer las cualidades del novio y la dote. A esta segunda solicitud se seguia la consulta á los parientes de la novia, y por último, otras mugeres ancianas de la familia de ésta llevaban la respuesta al padre del pretendiente. Señalado el dia del matrimonio, los padres de la esposa, despues de exhortar á ésta á una vida fiel y de obediencia á su esposo, la conducian con gran acompañamiento á la casa de éste, en donde, despues de incensarse ambos, el marido tomándola de la mano la introducía en la habitacion preparada para el matrimonio.

El rito principal del matrimonio de los aztecas era que un sacerdote ataba una punta de la camisa de la esposa con otra de la capa del marido. Por cuatro dias habia fiestas, los esposos permanecian solos en una habitacion oscura y se hacian diferentes ceremonias á los dioses, concluyendo la fiesta con que á los convidados se repartian vestidos mas ó menos costosos segun la posicion social de los casados. Segun parece, la poligamia no estaba prohibida. Los otomites siempre bárbaros, tenian tambien respecto del matrimonio diferentes usos; entre ellos el marido podia abandonar á la esposa si despues de la noche de la consumacion del matrimonio no estaba conforme con ella.

Luego que alguno moría se llamaba un maestro de ceremonias que era algun anciano para que, segun la condicion del difunto, vistiera el cadáver, y en seguida le colocaban un jarro de agua para que le sirviera en el viaje, y unos seis papeles que eran otros tantos salvoconductos mediante los que, debia pasar sin novedad por otros tantos sitios que suponian amenazados de peligros. Era tambien costumbre dar muerte á un animalito doméstico llamado techichi para que acompañase á su amo, y á ambos, ó los enteriaban juntos ó los quemaban en la misma hoguera.—Para los reyes se hacian morir tambien algunos esclavos con el objeto de que los sirvieran en la otra vida. No es necesario decir que los funerales de los reyes eran mucho mas solemnes que los de particulares.